



Antoniorrobles

Mis 10 compañeros historias de un colegio pintor acompañadas de un juego de dados

Índice

Nuestro colegio
Retratos de los alumnos
El enano don Pero
 Número 1
El búho Silbido
 Número 2
El tigre Kun de la U
 Número 3
El grillo Brillante
 Número 4
El príncipe Cristal
 Número 5
El borrego Papelito
 Número 6
El gorrion Pío Pan
 Número 7
El gorila Tururú

Número 8
El perro Armario
Número 9
El negro Borrón
Número 10

Quiero dedicar estas estampas de colores, estos cachitos de domingo, que no pretenden ser sino mariposas que cruzan bajo el cielo de esa santa obra que es la nueva Pedagogía, a los últimos diez años del Magisterio de España, años encendidos por el deseo de renovar la sensibilidad del niño; es decir: del español.

Antoniadorobles
El Escorial, septiembre de 1935

Paisaje de Villacolorín de las Cintas

(Explicación del dibujo anterior, que se refiere a los cuentos que el lectorcito verá más adelante.)

1. Colegio y ventana por donde vimos al enano en la veleta.
2. Sitio donde estaba la guarida de los enanos.
3. La veleta y el gallo de la torre.
4. Palacio de los príncipes.
5. Puerto por donde se fue el vendaval.
6. Autogiro del príncipe.
7. Aeródromo.
8. Campo de fútbol donde nos peleábamos.
9. Sitio donde dejaron atado al enano.
10. Árbol que ocupaba el búho para arbitrar.
11. Selva en la que hicieron trato el gato y el tigre.
12. Cable donde quedó colgado el bombero.
13. Campo en que vivía el grillo.
14. Hilos en que se cruzaron el grillo y el telegrama.
15. Piedra donde se cortó la barba el enano.
16. El redil que asaltaron los lobos.
17. Rocas donde el lobo dejó al borrego.
18. Caseta del coniumero feo.
19. Huerta del espantapájaros.
20. Sitio en que escondieron un tesoro.
21. Poste donde el gorrión ató a la jirafa.

22. Presa de agua que inundó los campos.
23. Árbol donde hablaron el enano y el gorila.
24. Alameda por la que el gorila se paseó con bisoñé.
25. Sitio donde se bañaba el perro.
26. Lugar en que el perro escondió la muñeca para que el galgo la encontrase.
27. Rocas donde apareció la niña, gracias al perro.
28. Sitio donde el perro tiró al cornetín de órdenes.
29. Caseta para el perro.
30. Cabaña para la familia del negrito
31. Surtidor de gasolina del cojo.
32. Árbol por donde el negrito quiso llegar al cielo.

Nuestro colegio

Apenas hace dos o tres años que salí del Colegio para estudiar mi carrerita. Me llamo Botón Rompetacones; soy natural de Villacolorín de las Cintas, y recuerdo siempre con cariño a nuestro profesor, que era un hombre ni joven ni viejo: ni excesivamente divertido, ni de una seriedad extraordinaria; era como creo yo que debe ser un profesor, y como lo son casi todos ellos; enseñaba alegremente las lecciones, pero cuando hacíamos una cosa que no fuese correcta, se ponía más serio que un cañón.

No olvidaré el cartel que había sobre la puerta, que decía de este modo:

«EL VERBO SER»

Colegio

Los alumnos de «El Verbo Ser» se llamaban... ¿Queréis saber cómo se llamaban y quiénes eran mis raros condiscípulos? ¡Ah!, pues no penséis en que fuesen Paquito, Juanito, Manolito y Fulanito. Mis condiscípulos eran... un enano con barbas, un búho de ojos luminosos, un tigre a rayas, un grillo que cantaba muy bien, un príncipe con jersey, un humilde corderito, el gorrión más simpático del mundo, un gorila imponente de grande, un chucho leal como nadie y un negrito más oscuro que un túnel de noche.

Y eran tan pintorescos estos diez compañeritos, que bien merece la pena de que le hagamos a cada uno un retrato y unos versos, y de que os relate en diez historias sus más extrañas y divertidas aventuras.

Pero he aquí sus nombres, por si queréis conocerlos, y la colocación que tenían en clase, sin contarme a mí, que ostentaba siempre el cargo de portero:

1. El enano Don Pero.
2. El búho Silbido.
3. El tigre Kun de la U.
4. El grillo Brillante.
5. El príncipe Cristal.
6. El borrego Papelito.
7. El gorrión Pío Pan.

8. El gorila Tururú.
9. El perro Armario: y
10. El negrito Borrón.

Veréis también que se publica en este libro un paisaje con numeritos, y con él la explicación de todos los sucesos que ocurrieron en los alrededores de Villacolorín de las Cintas. Pero además, en las últimas páginas encontraréis otra explicación, que sirve para que aprovechemos el paisaje en las horas de recreo y podamos jugar con la ayuda del dado. ¡Esto sí que es aprovechar las ocasiones para pasar el rato!... El libro, pues, va a dar comienzo. ¡Quieran los cielos que a lo largo de sus páginas lo paséis a gusto, ya sea emocionados, ya sea divertidos! Vuestro de corazón.
Botón Rompetacones.

Retratos de los alumnos

Alumno núm. 1

El barbudo Don Pero era pequeño
aunque su enorme barba le arrastrase,
y era el número uno en nuestra clase
porque en ser y en saber puso su empeño

Mas un viento feroz cogió al enano
y le rolló las barbas a la torre.
Y en la torre, Señor; ¿quién le socorre?
¿Quién le ha de socorrer?... ¡Un aeroplano!

Alumno núm. 2

Son tan fuertes tus ojos, compañero,
que brillan por la noche como un coche
y al enano libraron una noche
de un suceso mortal, vil y certero.

Todo el mundo te llama Don Silbido.
Silbas muy bien y el fútbol te entretiene;
y por esa razón, si a mano viene,
desde un árbol arbitras un partido.

Alumno núm. 3

Un tigre que por fiera era famoso,
vino a ser el tercero de mi Colegio,
y con aire feroz y porte regio,
era un poco mandón... pero estudioso.

Te llaman, yo lo sé, Kun de la U;
fuiste gato tres días, de un palacio,
y tuviste a un bombero en el espacio.
Esta fiera tan rara fuiste tú.

Alumno núm. 4

El que hace el cuarto en clase es un artista
que canta por la noche en primavera,
y hace «gri-gri, gri-gri» de tal manera,
que oyéndole cantar nadie rechista.

Se llama por su brillo Don Brillante,
se llama Don Brillante por su brillo,
y sabrás las historias de este grillo
cuando sigas leyendo más adelante.

Alumno núm. 5

Principito Cristal, mi gran amigo:
me quisiste matar con una espada
y por casualidad no pasó nada.
Después, en menos tiempo que lo digo,

te hiciste amigo mío muy sincero
y unas patatas fritas nos comimos;
tú eras el principito de los mimos
y yo, con gorro blanco, el cocinero.

Alumno núm. 6

Este lindo borrego que aquí veis,
que lleva al cuello un lazo tan bonito,
va al Colegio, se llama Papelito
y ocupa en nuestra clase el sitio seis.

Quiso un hambriento lobo darle muerte,
y otro tanto iba a hacer un consumero
de cejas juntas y de gesto fiero...
¡Ah!, pero él tuvo siempre mucha suerte.

Alumno núm. 7

Vamos a ver quién es este del siete,
gorrión feliz, por nombre Pío Pan
que según los consejos que le dan,
a denunciar se mete o no se mete.

Él se bastó una vez, el muy tunante,
para atar a una estaca una jirafa
y encontrar el tesoro de una estafa.
Tú sigue así, Pío Pan, siempre adelante.

Alumno núm. 8

Este monstruo feroz, este gigante,
fue el mayor enemigo de la gente;
entraba en una huerta de repente,
y todo se llevaba por delante.

De pronto Tururú cambió de gesto;
se hizo más infeliz que un pajarillo
y más dulce que el dulce de membrillo
(¿Habéis visto qué bien termina esto?)

Alumno núm. 9

Eres un animal extraordinario,
a pesar de que en clase eres el nueve;
y si tu leal cariño me conmueve,
tu nombre me hace gracia ¡oh, gran Armario!

Te burlaste de un galgo y conseguiste
que cesaran los tiros de una guerra,
y si te dicen que tu suerte es «perra»
lo dicen siempre por hacer un chiste.

Alumno núm. 10

Negro, negro, negrito era Borrón;
negra su barriguita y su nariz,
negritos los papas del infeliz
y clara el alma y rojo el pantalón.

Era un sentimental y un chico guapo;
y soñando ir al cielo de viaje,
cogió la merienda, preparó el equipaje
y comenzó a subir por un pinsapo.

El enano don Pero
Número 1

A una legua de Villacolorín de la Cintas, y entre los árboles de un bosque, había un agujero en el suelo. Nadie lo hubiera visto entre tanto matorral; y si lo vieran, creerían que se trataba de una conejera de las más grandecitas.

Resultaba que aquello era la entrada a la guarida de los enanos Don Xari, Don Lara, Don Cero, Don Muro y Don Pero, todos ellos de buenas barbas blancas y de tamañito que no llegaban a la altura de una mesa.

Estos cinco enanos se habían construido galerías subterráneas, muy bien cuidadas, y hasta habitaciones amplias, con salón de biblioteca para los libros de cuentos, aparato infantil de cine y gabinete de Física.

Pero es el caso que estaban tristes hacía ya una gran temporada. Don Cero era el que iba a la compra; guisaba Don Xari luego, y comían sin dirigirse la palabra y desgastados, y se tumbaban luego, y no a dormir, sino a meditar en silencio.

Entonces dijo Don Pero:

-Todos sabemos la razón de nuestras tristezas. Los tiempos cambian, y ya no hay hadas, ni encantamientos, ni brujerías. Hace bastantes años, los gnomos podíamos convertir un príncipe en elefante, o regalar a un niño estudioso un anillo que, tirándolo al suelo, se convirtiera en la varita de la Virtud. Y hasta podíamos detener los grandes vendavales con sólo un soplido en contra. Pero hoy, nada de eso se puede hacer. El mundo marcha sin príncipes encantados y sin ogros ni dragones...

-¿Y qué te parece que hagamos? -le preguntó Don Lara.

-Creo que debemos ocuparnos en algo, como si fuéramos hombres corrientes.

Tanto es así, que yo estoy decidido a ir al Colegio desde el próximo lunes.

-No está mal la idea -dijeron los demás.

Y así fue: Don Lara aprendió mecanografía, y se hizo secretario del gobernador, aunque tuviera que poner sobre la silla dos diccionarios para llegar a la máquina de escribir; Don Xari iba de aprendiz a una confitería, y se hizo gran catador de cremas; Don Cero, encuadernador; Don Muro, cornetín de órdenes con barba, y Don Pero, colegial, porque quería ser médico.

Desde que el barbudo llegó al Colegio, mostró tales dotes de inteligencia, que el profesor le colocó el número uno.

Llevaba siempre haches, bes y uves en el bolsillo, para corregirnos cuando nos equivocábamos, y sabía la regla de tres, y dibujar las más difíciles figuras de Geometría; pero cuando el profesor exclamaba:

-Salga usted a la pizarra -él tenía que contestar:

-Muy bien; pero que tiendan la pizarra en el suelo, porque así no llego.

Efectivamente, teníamos que tumbar la pizarra, y en ella dibujaba y trazaba las rectas y las circunferencias; bien es verdad que eso lo teníamos que hacer también con el grillo: le tumbábamos en el suelo los mapas, para que viajase por las capitales que le mandara el profesor en la clase de Geografía.

Mas sucedió que un día de mucho viento llegaron todos los alumnos a «El Verbo Ser», que, como sabéis, así se llamaba el Colegio. Pero es el caso que Don Pero no venía.

-¡Qué cosa tan rara! -decía el profesor-. No creo yo que todo un señor con barba haga novillos. Pero, en fin, lo que sea sonará...

Y lo que sonaba era el viento, que una de las veces cogió una teja de un tejado vecino, la coló violentamente por un cristal del Colegio y la dejó encimita encimita del mono, que estaba dando la lección... ¡Qué risa nos dio a todos!

Pero vamos con la historia del enanito.

Hacía ya mucho tiempo que vino al pueblo un vendaval terrible, el cual se llevó volando cien chisteras de todos los concurrentes a una boda.

Entonces salió Don Pero de su guarida, y como eran tiempos en que todavía tenía poder de Magia, hizo que el viento devolviese los sombreros de copa a sus dueños y se marchase vencido con la música a otra parte.

Aquel mismo vendaval anduvo mucho tiempo viajando por toda la Tierra, y daba la casualidad de que era el que había vuelto hoy a Villacolorín de las Cintas.

Salió Don Pero de su conejera para ir al Colegio, y marchaba luchando con el viento, cuando, sin duda, el viento reconoció que aquel enanito fue el que le venció la otra vez. Y aprovechándose de que el poder de los enanitos ya no existe, empezó a soplarle de tal manera, que a su alrededor caían tejas y pasaban veloces los chinarrros, y los sombreros de los señorones parecía que hacían carreras, a ver cuál se ponía en la bola encendida del Sol como en una cabeza.

Por todas partes se oían lamentos:

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y era que la gente se quejaba de que le hubiera pegado una piedrecita en la cara o un tiesto en el hombro.

El buen Don Pero iba luchando como podía, cogiéndose a los matorrales; pero como toda aquella tempestad de aire iba contra él, el viento le cogía las barbas y las extendía como si fueran un banderín larguirucho. Y tanto, tanto se iban las barbas con el viento, y el vendaval era tan terrible, que hasta se las alargaba, se las extendía, se las estiraba; de modo que llegó un momento en que el hombre seguía siendo más bajo que una mesa, pero sus barbas tenían diez metros de largas... ¡once metros!... ¡doce!... trece!... ¡Cada vez más metros!... Y el viento las cogía y las echaba por el aire, y así, tiraba de la barbilla del pobre señor.

Todavía sucedió más, y fue que el aire las levantó hasta la veleta de la torre del pueblo, que, por cierto, tenía un gallo. ¡Si serían largas ya!... Y, además, se le enganchó la punta en el gallo, que era de metal, y lo aprovechó el vendaval para formar un rápido remolino alrededor de la veleta; así es que la veleta empezó a dar vueltas y más vueltas a la velocidad del aire, y se fueron liando como a un carrete las barbas larguísimas del viejo enanito.

Y siguió el remolino, y las barbas acabaron por tirar del enano desde arriba. Y como la veleta seguía dando vueltas, Don Pero empezó a subir, a subir, hasta que, al fin, quedó pegadito al gallo de metal.

¡Pobre enanito! Para no hacerse tanto daño, se agarraba con las manos a sus propias barbas según iba subiendo hasta la misma punta de la torre del pueblo.

El vendaval, que había conseguido, al fin, lo que se proponía con el que un día fue su enemigo, calmose; quedó quieto el gallito, quedó Don Pero en lo alto de la torre, y le marchó el viento tranquilamente, silbando una canción por entre dos montañas; se iba a otros pueblos y otros campos, a seguir haciendo travesuras.

Y en esto, el gorila, que aun seguía dando la lección en el Colegio, exclamó:

-¡Ay, señor profesor, lo que estoy viendo por la ventana!

Todos nos asomamos, y vimos a Don Pero en la veleta, atado con sus barbas.

Y como los compañeros nos queríamos mucho, salimos en su auxilio, con el profesor y todo; tan de prisa íbamos, que el borrego rodó por las escaleras y el grillo no hacía más que gritar:

-¡No vayáis tan deprisa, que no puedo más!...

Yo llevaba las tijeras que teníamos en el Colegio para recortar construcciones, y, en llegando al pie de la torre, se las di al mono para que trepara por el cable del pararrayos y le cortara las barbas. Pero bajó y me dijo:

-Don Pero dice que no se las corte; que ha tenido barbas siempre, y quiere seguir las teniendo; que si se han de reír de él, prefiere no bajar jamás.

Entonces el príncipe, que, como sabéis, era otro colegial, montó en su automóvil y se dirigió a su palacio. Le acompañaron el perro y el gorrión; y marchaban a tal velocidad, que dieron un bote al cruzar un bache, y estos dos salieron despedidos. Claro está que el gorrión se quedó volando; pero el perro se hizo al caer bastante daño en ese sitio, que no quiero decir, y del cual sale el rabo.

El príncipe siguió, sin darse cuenta de ello; llegó al aeródromo de su

palacio, llamó al piloto, y, colocándose él de observador, salieron en un autogiro a toda velocidad, camino de la iglesia.

¿Y qué hicieron?... Pusiéronse al lado de la torre; pudo brincar al aparato Don Pero, y empezaron a dar vueltas alrededor de la veleta, pero en contra de las que antes diera el viento. Y como iban desliando barbas y barbas, cada vez se iban distanciando del gallo un poco más.

Por fin, se soltó la punta, y todo el pueblo, que estaba en la plaza viendo con impaciencia la maniobra, exclamó satisfecho:

-¡¡Oooooooooh!!...

A continuación, siguió el autogiro con toda aquella barbaza extendida al viento, y aterrizó en un campo muy grande, para que no se enganchasen los pelos en las ramas de ningún árbol.

Y allí mismo, poniendo Don Pero sobre una roca parte de su barba, fue y la cortó, machacando con un canto, para dejarla del tamaño que la había tenido siempre, que casi casi venía a ser hasta las rodillas. De modo que pudo dirigirse luego al Colegio, entre los aplausos y las ovaciones de sus queridos compañeros.

Eso sí: desde entonces tiene en su casa un saquito, y días de viento mete las barbas en él y se lo ata al cuello. ¡Y venga vendaval!...

Los demás colegiales le decimos, de cuando en cuando:

-Don Pero: tienes la barba más aventurera del mundo. ¡Qué feliz eres!

Y él se acaricia sus barbaza y sonrío a nuestras bromas, sin incomodarse nunca. No es orgulloso, a pesar de que ocupa el primer puesto de la clase. No es orgulloso, a pesar de tener una de las mejores barbas que tiene el Universo entre los habitantes de todos los sistemas planetarios. Seguro.

El búho Silbido

Número 2

Como es natural, en el Colegio se organizó un equipo de fútbol, en el que jugábamos el enano, el tigre, el príncipe, el gorila, el negrito y yo, además de cinco antiguos alumnos, que unos eran ya albañiles y otros estudiaban en la Universidad.

El equipo se llamaba «El Verbo Ser F. C.», como el Colegio, y jugábamos, por lo general, contra «El Teorema F. C.», que era el equipo de otro Colegio de un pueblo próximo llamado Villaquesitos del Pan, en el cual equipo había, como en el nuestro, muchachos y animales.

Los días de partido iba al campo a vender chufas, naranjas y caramelos, una muchacha muy guapa, ciegucecita, a la que acompañaba siempre el búho Silbido, que la llevaba como de la mano con un ala, o se le subía en el hombro y con silbidos la decía si tenía que ir hacia la derecha o hacia la izquierda, y al mismo tiempo cuidaba de que ningún chiquillo cogiera nada de la cesta.

El búho Silbido era conocidísimo en Villacolorín de las Cintas; pero la

gente no conocía su buen corazón y la miraba sólo como se mira a un bicho raro.

Sin embargo, con el enano y el negrito había hecho una gran amistad, y cuando iban a comprar almendras saladillas a la chica, siempre le daban algunas. Así es que, si uno de los dos intervenía en el fútbol, el pájaro se fijaba mucho en ellos con su mirada directa y extraña.

No olvidaré las pasiones que despertaban los partidos entre los del «Teorema» y los del «Verbo Ser». Llegó a ponerse la cosa muy seria, y hasta se pegaron el tigre y un toro que ellos traían de defensa, y que pinchaba al balón con los cuernos cuando veía comprometida su portería. Así los ánimos, se jugó otro partido al domingo siguiente, y el búho, preocupado con lo que pudiese pasar, no quiso que la ciegucecita saliera de casa, y él se subió a un árbol, desde el cual silbaba a los enemigos en cuanto lo hacían mal. ¡Y qué silbidos! Casi nos atravesaban los oídos de lado a lado.

«El Teorema F. C.» se alineó de este modo:

Chico A. Chico B. Chico C. Chico D. Chico E.

Caballo A. Caballo B. Caballo C.

Toro A. Toro B.

Elefante A.

Y he aquí que el enano, con una habilidad asombrosa, digna de un chico de quince años, cogió el balón entre los pies, sin que le estorbase la barba, y pasando por entre caballos y toros, metió un magnífico gol al inmenso y gigantesco elefante. ¡¡Bravo!!

Yo también le ayudaba, animado por las voces del público, que decían:

-¡Adelante, Botón Rompetacones!...

De pronto se organizó una discusión espantosa, porque un toro había dado al balón con la mano; es decir, con el cuerno. Y se organizó tal pelea, tal tumulto, tales golpes y griterío, que aquello parecía un perol de macarrones revueltos a toda velocidad con el molinillo de una chocolatera. Y como toda la rabia enemiga iba contra el enano, que era el mejor de la tarde, el elefante hizo una cosa: que fue sacarle del tumulto con la trompa, sin que nadie se diera cuenta, y montarlo luego en un caballo de los suyos. El enano se agarró a las crines para no caerse y el jaco empezó a correr como un loco, carretera adelante, mientras nosotros seguíamos en desesperada lucha de puñetazos.

En esto vinieron tres guardias, nos apuntaron para asustar, y, al fin, nos levantamos todos. De modo que el equipo contrario se marchó por la carretera y nosotros volvimos al pueblo entre nuestro público, sin fijarnos en que faltaba el enano, o creyendo que se había marchado a su guarida.

¿Qué es lo que había pasado entre tanto? Había pasado que el caballo esperó allá lejos a los de su equipo, ataron al enano todo alrededor, con barbas y todo, y hasta hicieron asa en el cordel, para llevarlo como la funda de un violín. Y en un sitio que les pareció conveniente, cuando ya era bien de noche, lo dejaron en medio de la carretera. Querían desprenderse de este peligroso enemigo, pero no tenían maldad suficiente para matarle ellos mismos; preferían que lo matase un automóvil, sin que ellos lo presenciaran.

¡Ah, hipócritas!...

Pasaron cerca de dos horas, y allá lejos venía un camión muy cargado de vigas de hierro, tan largas, tan largas, que salían por encima de la cabeza del chófer y sobresalían por detrás, como si fuera la cola.

Traía un temblequeo de hierros verdaderamente amenazador, y si pasaba por encima del enano, como era natural que pasase, lo iba a dejar aplastadito igual que un papel. ¡Pobre enano! ¡Qué miedo tenía!... Acaso no le quedaban más que unos pocos segundos de vida...

Pero ¿y el búho? ¿Dónde estaba el búho?... Recordemos que presenciaba el partido desde un árbol, ¿no es así?... Pues bien; como él se fijaba tanto en las cosas con esos ojos tan encendidos que tienen los búhos, había visto cómo se llevaban al enano, y siguió al caballo volando, volando, y desde el alto cielo vio atar luego a su amigo y vio cómo le dejaban abandonado.

No tenía fuerzas para arrastrarlo y se puso a meditar en una rama cercana; y cuando vio que se aproximaba el terrible camión de la muerte, tuvo una idea genial, que fue descender al suelo y ponerse delante del desgraciado hombrecito. Los ojos le brillaron de un modo terrible; el chófer creyó que era otro automóvil... y se apartó tranquilamente. ¡Ah, valeroso Silbido! Gracias a tu admirable arrojo se había salvado el enano. Y lo mismo se salvó de un autobús que venía por el otro lado, y de una «moto», y de dos o tres automóviles más. El búho Silbido exponía su vida, pero salvaba las vidas ajenas.

Ya de madrugada, quien pasó no fue un auto, sino un lechero a caballo, y como viera al enano, le desató, le montó a las ancas y lo llevó a Villacolorín de las Cintas.

¡Qué alegría tuvimos todos al saber la noticia! Entonces quisimos salir con palos y con ondas, o jugar con el enemigo un partido de fútbol a cantazos; pero el búho, subido sobre la cabeza del gorila, exclamó: -Seguid mi consejo: les invitáis a jugar otro partido y lo jugáis vosotros con ejemplaridad y buena educación. Así conseguireis darles unas lecciones de dignidad, y acaso se consiga que lleguen a ser buenos esos once malvados.

El tigre y el negrito no querían.

-¡Hay que castigarlos! -gritaban indignados.

Pero el búho insistía:

-Buen castigo será que luego les remuerda la conciencia por haber hecho lo que hicieron con el barbudo...

Total, que se hizo caso a Silbido; invitamos a los del «Teorema» para jugar otra vez. Y como el señor alcalde había metido todos los balones en la cárcel para que no hubiera más peleas, lo hicimos con un bote vacío.

¡Qué limpiamente jugábamos los del «Verbo Ser»! Así resultó, que los otros estuvieron muy azarados y muy tímidos al advertir que no les guardábamos rencor; y se dejaron meter cinco goles a cero, de tan azarados como estaban.

Llegó un guardia, nos quitó el bote de parte del alcalde, y una niña nos dejó para que jugásemos un almohadón que se había llevado para sentarse en el campo. Y cuando el toro fue a pararlo con la cabeza, se le quedó pinchado en un cuerno.

Como la muchacha estaba con una amiga, ésta también dejó su almohadón, y seguimos jugando; pero entonces el toro gastó la broma de pincharlo con el

otro cuerno, y como quedó embolado, empezó a embestir a todos, por jugar, y fue una juerga tremenda, en la que bromeábamos alegremente amigos y enemigos.

Se enteró el alcalde de que seguíamos jugando al fútbol y vino incomodadísimo; pero el búho, que estaba alegre al ver la buena amistad de todos, le cogió en vuelo el sombrero de copa y lo tiró al campo de juego, de modo que nos pusimos todos a jugar con la chistera, a falta de balón. ¡Y qué puntapiés le dábamos!...

Al principio se incomodó terriblemente el caballero, y nos perseguía a todo correr; pero viendo que todos éramos amigos, también él se divirtió mucho y hasta arbitró el partido. Y como no tenía silbato se le puso en el hombro el búho y silbaba cuando el alcalde le hacía una señal en las patas.

Fue aquello de una risa tremenda y todo gracias a Silbido, que dijo que mejor era una paz alegre que una guerra a cantazos. Y tenía razón, porque desde aquel día, siempre que jugábamos los dos equipos, merendábamos juntos los jugadores, ganase quien ganase. Además, nombramos árbitro al búho, que veía los partidos desde su árbol de siempre y silbaba como nadie.

Claro está que con estas cosas le tomamos tanto cariño, que se decidió a ir al Colegio para llegar a hacerse un día catedrático y ayudar a vivir cómodamente a la simpática y alegre ciegucecita.

Resultó muy estudioso, y muchas noches se quedaba a leer, alumbrado con la luz de sus propios ojos; por eso tenía el segundo lugar de la clase. Y cuando era época de examen, recuerdo que nos quedábamos todos a estudiar con él, alumbrados con sus ojazos violentos.

Era uno de los mejores compañeros del Colegio. Y no sólo fue buen amigo de los alumnos, sino que también hizo amistad con el cuco del reloj que teníamos en clase, que a las horas del recreo salía a dar las campanadas y se quedaba un rato fuera, charlando con el búho Silbido.

El tigre Kun de la U Número 3

Allá muy lejos, muy lejos, en unas selvas que estaban a bastantes leguas de Villacolorín de las Cintas, había unos tigres, famosos en la comarca por su gran tamaño, su arrogancia y su valor decidido.

Eran como bandidos de la selva, y hasta ahora no se les conocía apenas víctimas humanas; pero con frecuencia detenían en la carretera a los camiones de transporte y desvalijaban las cajas de embutido, y sobre todo se comían el contenido del carro de la carne, con esas vacas sin piel, que venían abiertas y con la cabeza hacia abajo, como dando una voltereta y haciendo títeres.

Los chóferes de la comarca ya sabían lo que había que hacer: bajarse del

auto y fumarse un pitillo mientras las fieras cometían su robo, pues si pretendieran defenderse, peligraban sus vidas, porque los tigres brincaban a los camiones, aunque pasasen a toda velocidad, y se hubieran comido al chófer, con el rebozo de su mono azul y todo.

Y ya que hemos hablado de los tigres, hablemos un poco de un gato atigrado y mimoso que tenían en su palacio los príncipes del Oro, padres del principito que iba con nosotros al «Verbo Ser» a estudiar Geografía, Historia, Aritmética y Gramática.

Un día, el gato, que se llamaba Zás y era audaz además de ser mimoso, se marchó al campo por el agujerito redondo que las gallinas tenían para salir del corral, caminó bastantes horas hacia la selva, persiguió mariposas y lagartijas para que no se le hiciera tan aburrida la caminata, y cuando llegó a la selva de los tigres comenzó a maullar.

Por fin surgió un imponente felino, que preguntó curioso:

-¿Qué te pasa, gatito?

-Me pasa, señor tigre, que quiero pedir un favor a uno cualquiera de vosotros.

-¿Y qué favor es ese? -interrogó el tigre, que por cierto se llamaba Kun de la U.

-Se trata -respondió el gato Zás- de que tengo que ausentarme de mi palacio unos días, porque voy a ver a mi novia, que es gata de una tienda de ultramarinos en Villacaballos de Cartón... y yo creo que tú mismo me podías sustituir durante una semana.

-¿Yo? -exclamó asombrado el tigre- ¡Que cosas tan graciosas se te ocurren!.. ¿Y por qué no avisas a otro gato?...

-¡Cá! Es muy buena casa, y si va un gato a sustituirme, luego no me querría dejar la plaza. Porque has de saber que es muy buen cargo el de ser gato de príncipes.

-¿Y cómo no sospechas que yo pueda hacer lo mismo que un gato cualquiera y quedarme en el palacio? -preguntó sonriendo la fiera.

-Pues porque eres tigre y estarás deseando que yo vuelva para volver tú a la selva a ser libre otra vez...

-No, pues conmigo no cuentas, porque yo soy fiera y muy fiera, y no sirvo para estar contemplando a un príncipe. Empezarían a darme cortezas de queso, como a los gatitos, y yo acabaría por comerme a toda la familia.

-Estás muy equivocado -respondió Zás-. No seas bobo y vete al palacio, que pasarás ocho días de descanso entre alfombras y calefacción.

-¡He dicho que no!... Yo soy una fiera espantosa y no puedo mimar a un principito. ¡Abajo los braseros!

El gato sí que se puso mimoso, que eso lo hacía muy bien, y empezó a decir, como con cariño:

-¡Anda, tigrecito! ¡Anímate!...

Tanto tanto le suplicó, y le pintó unas cosas tan felices, que Kun de la U decidió probar unos días de civilización en el palacio de los príncipes del Oro, para lo cual no tenía más que brincar por la ventana que Zás le indicó, y sentarse al brasero.

Hízolo así, y al principio los dueños y criados se asustaron mucho; pero como el tuno del tigre se estaba muy quietecito, se decían unos a otros:

-Esto no es tigre; esto es, sin duda, el gato, que ha crecido mucho en estos días; y le llamaban Zás, y la fiera respondía mimosamente.

Todo, pues, marchaba muy bien, y había que verle acurrucado al brasero, o pedir al pequeño príncipe, con la garra de uñas escondidas, las sobras de la comida. Y lo tremendo es que su cabezota quedaba a bastante más altura que la mesa.

En la primera noche no se atrevió a dormir sobre una piel de oso, por recelo y por enemistad; no por miedo; pero a la segunda comprendió que aquello no se movía, y desde entonces echaba siempre sus sueños sobre la piel.

La tarde del cuarto día se la pasó al lado de la señora princesa en el salón. La dama hacía labor, y de cuando en cuando acariciaba la enorme testa de la fiera adormilada. Todo lo cual lo veía un loro, que con eso sintió envidia de Kun de la U. Y cuando la princesa dejó la labor y regaló al tigre una bola de lana para que jugase, exclamó el loro al quedarse solos:

-¡Hay que ver, qué vergüenza! ¡Todo un señor tigre al brasero, como un cobarde, y comiendo cortecitas de queso como una gatita remilgada! ¡Parece mentira que haga eso quien debiera ser el terror de las selvas!...

Lo oyó el tigre, le dio vergüenza ciertamente, fue llenándose poco a poco de ira sin decir nada, y cuando ya no pudo más, dio un brinco como si le hubiera dado un ataque de locura, y bajando al recibimiento del palacio, al cual daban unas amplias escaleras, comenzó a rugir de una manera tan disparatada y amenazadora, que todos se encerraron en sus cuartos llenos de terror, y comprendiendo, al fin, que Kun de la U no era Zás, sino todo un señor tigre de la selva.

Dispuesta la fiera a hacer lo que le pareciese conveniente, se fue a la despensa, cogió los embutidos y se los trajo arrastrando al recibimiento, porque desde el recibimiento vigilaba las puertas de todas las gentes del palacio, que eran el matrimonio y diez criados, ya que el principito se había marchado al Colegio.

El príncipe del Oro, que estaba encerrado en su despacho, telefoneó a los bomberos:

-¡Que venga un automóvil de esos que tienen escaleras, para que podamos salir por las ventanas!

Efectivamente, a toda velocidad llegó el auto con su soniquete de campanilla. Lo pusieron al lado del palacio y empezaron a dar a un manubrio como si fuese un organillo; ahora que, en vez de notas musicales, lo que salían eran peldaños y más peldaños de una escalera perpendicular que iba creciendo.

Lo vio el tigre por la mirilla de la puerta, poniéndose en pie; sospechó que aquello iba a resultar una burla para él, y como no sabía abrir la puerta, hizo lo siguiente: corrió una estatua de mármol del recibimiento hasta ponerla al lado de la puerta, la empujó violentamente con un salto de las cuatro patas, y la pesada estatua, al caer, rajó y abrió la puerta del palacio.

Inmediatamente salió la fiera, y al verla los bomberos, comenzaron a correr en su automóvil a toda velocidad; pero lo pintoresco fue que un bombero había empezado a subir por la escalera para salvar a la princesa, y allá iba el pobre hombre en lo más alto, viendo cómo Kun de la U corría detrás con sus colmillos fuera, los ojos indignados y el gesto amenazador. ¡Cómo sonaba la campanilla de los bomberos, manifestando así el susto

terrible que llevaban!...

Lo malo fue que la escalera pegó contra unos cables del telégrafo que cruzaban la carretera, y en ellos se quedó el pobre bombero, doblado por la tripa como un muñeco de guiñol.

El tigre no siguió adelante, sino que se quedó debajo de aquel hombre, aguardando a que cayera, para vengarse de que se hubieran querido burlar de él.

El capitán de los bomberos se lo dijo al alcalde, el alcalde lo consultó con el gobernador, el gobernador con el ministro, y, por fin, cuando el bombero colgado no tenía casi fuerzas para sostenerse, llegó el capitán en una motocicleta y dijo desde lejos al tigre:

-Señor tigre: estamos dispuestos a firmar la paz contigo, en vista de que eres todo un valiente.

El tigre entonces le dejó acercarse, y dejó que el otro desgraciado descendiese por un palo del telégrafo. Y dijo la fiera:

-Yo firmo la paz, si me dais cien kilos de chorizo y un prisionero, que es el loro. Además obligo a que al gato Zás, se le deje en su destino de siempre.

Discutieron las condiciones y por fin los cien kilos quedaron en diez, y perdonó al loro; pero al gato se le admitió en palacio.

Fueron a firmar el documento de la paz, y el tigre se puso muy azarado, porque resultó que no sabía firmar... Firmó con la «huella dactilar» de sus garras. Pero decidió ir al Colegio desde el día siguiente, prometiendo solemne al profesor no comerse ni el dedo chiquitín del último colegial, que era el negrito.

Lo primero que aprendió fue a firmar con letra muy clara:

Kun de la U.

Y como al Colegio le trajo su amor propio, era un alumno de gran aprovechamiento, que llegó a estar el tercero en la clase, porque no quería volver a pasar la vergüenza de sus escasos conocimientos.

Resultó un poco «mandón», pero muy justiciero; le hicimos capitán del equipo de fútbol, y toda su ilusión era llegar a ser alcalde de la selva: el primer alcalde civilizado de la selva.

En ella dormía, y todos los días, después de clase, se iba en el auto de línea de Villacaballos de Cartón, subido sobre el techo, y al llegar a la selva se tiraba a toda velocidad con mucha maña y destreza deportiva.

A la vuelta paraba el coche para que se subiese la noble fiera, y regalaba al chófer cocos y plátanos.

Pero, ¿él faltar a clase? ¡Jamás! No quería volverse a poner colorado delante de un capitán de bomberos.

El grillo Brillante

Número 4

Se llamaba Brillante un grillo que vivía muy tranquilo en su grillera. El negrito y yo, que éramos amigos de coger grillos, más de una vez habíamos intentado darle caza, haciéndole cosquillas en su casa con unas pajitas suaves como sonrisas. Pero era tan formal y tan sereno, que no le hacían gracia las cosquillas y seguía en su agujerito muy tranquilamente. Por eso el alumno negro me decía:

-¡Ay, querido Botón Rompetacones! El inquilino de esta casa es más serio que un nublado y no siente las cosquillas. .

Pero sucedió una cosa que puso en peligro su tranquilidad, y fue que cuando estaba cantando felizmente su «gri-gri», oyó un motor; se subió a lo alto de unas hierbas, y vio que se le echaba encima un enorme aparato mecánico que venía removiendo profundamente las tierras.

Viendo que le habían de destrozar la casa con aquel movimiento del terreno, decidió buscar un modo de salvarse. ¿Y cómo se salvó?... Llegando a grandes brincos al pie de un palo del telégrafo y trepando por él precipitadamente hasta lo alto.

Allí descansó, miró lo que en su campo sucedía y se quedó asombrado al ver cuatro roturadoras mecánicas que removían la tierra para ablandarla y poderla sembrar, porque los amos, que antes tenían el campo para recreo y caza, querían cultivarlo para que hubiera más pan de trigo en el pueblo. Comprendió entonces el grillo Brillante que en aquellas tierras se había acabado para él la paz, y no encontró más medio de viajar que el de seguir un hilo del telégrafo hasta que pudiera descender en campos olvidados donde viviera sin preocupaciones. De modo que se puso a caminar difícilmente como un equilibrista, y cada vez se alejaba más de Villacolorín de las Cintas.

Lo curioso es que de cuando en cuando sentía las cosquillas de un telegrama que pasaba corriendo por los hilos, y se ponía como en puntillas para que no se le enredasen los ganchos de las letras, y siguieran su curso.

Caminando, caminando, se encontró un mirlo que sobre el cable se estaba comiendo una cosa extraña que parecía una flaca lombriz.

-¿Qué come usted?

-Pues como «solomillo» -contestó el mirlo.

-¿Pero los solomillos son largos y retorcidos como un hilo? -preguntó el grillo al oírle.

Y el pájaro replicó entonces:

-¡Qué tontería!... Es que pasaba por el cable un telegrama pidiendo cuatro kilos de solomillo para un hotel, y yo he cogido rápidamente la palabra «solomillo», que es la que me estoy comiendo.

-Me parece muy mal eso de descabalar un telegrama -dijo entonces el pequeño insecto-; pero allá usted con su conciencia.

Como el mirlo no era tan formal como el grillo, le pareció muy divertido lo que había hecho, y se fue volando con el «solomillo» en el buche, mientras el grillo, formal y caballeroso, quedó malhumorado.

Continuó caminando, caminando, y como tantas veces, sintió el temblequeo del hilo, señal de que venía otro telegrama, el cual pasó y decía de este modo:

Profesor «Verbo Ser». Villacolorín Cintas. Hundido barco llamado «Santa Muñeca»; padre del negrito no se ha ahogado. -El Capitán.

El grillo entonces se dijo:

-Ya sé yo quién es este negrito: un colegial muy simpático que venía a cazar grillos, y que le daba mucha rabia que yo no saliera de mi casita. ¡Qué contento se va a poner cuando el profesor le enseñe el telegrama y vea que su padre se ha salvado!

Fue a seguir su marcha Don Brillante, y notó que algo se le había enganchado en las patitas. Miró detenidamente y se encontró con una breve palabra del telegrama; esta palabra:

no

Resultaba que ahora el telegrama llegaría diciendo: «Padre del negrito se ha ahogado». ¡Qué horror! ¡Pobre morenillo! ¡Qué disgusto se iba a llevar, por un motivo tan falso!...

El grillo se quedó muy disgustado y pensativo, y se dijo:

-¡Ea! Llegaré cuando me sea posible, pero yo he de devolver esta palabra al telegrama, para que la pongan en su sitio y vean que no se ha ahogado.

Así era de formal este insecto cantarín, brillante y decidido; así es que cambió difícilmente de dirección como un gimnasta en el alambre, echose al cuello la palabra poniéndose la «o» como un collar y la «n» colgando, y se dirigió hacia Villacolorín de las Cintas, que era a donde iba el

telegrama.

Si alguna vez se encontraba golondrinas, gorriones o urracas en el hilo, las preguntaba:

-¿Han visto ustedes un telegrama dirigido al profesor de «El Verbo Ser»?...

-Sí, señor; por aquí ha pasado hace ya un buen rato.

-Muchas gracias.

Y seguía sin detenerse, hasta que al cabo de tres días, durmiendo de noche en los aisladores de porcelana para no caer al suelo, llegó al pueblo y por las golondrinas pudo enterarse de dónde estaba el Colegio.

Él las preguntaba de este modo:

-¿Hace el favor de decirme dónde está el Colegio de «El Verbo Ser»?

Y los pájaros le contestaban:

-Sí, señor. Vaya usted por este hilo, tuerza luego por el segundo hilo de la derecha, y donde oiga usted voces de niños, mezcladas con el griterío de animales y fieras, allí es.

Efectivamente, entró por los hilos de la luz eléctrica y llegó al Colegio.

Era la hora de clase, y pronto vio entre los alumnos al negrito, que estaba de luto desde los pies hasta el pelo, pasando por las narices.

Pero no sólo a él se le notaba la cara de tristeza; que ya sabéis cómo nos queríamos todos los compañeros en aquel Colegio; así es que a todos nos daba mucha pena pensar que al padre de un colegial se le estuvieran comiendo los tiburones.

En esto estábamos, dando la clase sin alegría, cuando el gorila exclamó:

-¡Un grillo, un grillo! -y lo cogió para comérselo, pero se acordó del negrito, y se lo llevó para que se entretuviera un poco en medio de su angustia.

El profesor nos permitió que rodeásemos el pupitre del negro para admirar a Brillante, y fue el búho el que descubrió con su lista mirada que algo colgaba de la cabecita del bicho.

-¡Cuidado, que tiene unas letras enganchada!... exclamó.

Brillante se acercó entonces a hablar con el alumno gorrión, y le dijo:
-Dile a tu profesor que estas letras son del telegrama que recibió el otro día.

-¿Es posible? -preguntó asombrado.

-Ya lo creo; no tienes más que comprobarlo.

El gorrión se lo fue a contar a nuestro profesor:

-Señor profesor: que esta palabra es del telegrama que recibió usted el otro día.

El profesor cogió entonces aquel «no», sacó luego el telegrama y resolviéndolo delante de todos como un rompecabezas, se encontró con que el padre del negrito «no» se había ahogado.

¡Qué alegría! ¡Qué brincos empezaron a dar todos! ¡Qué bailes! ¡Qué ladridos más alegres los del perro, con permiso del profesor!...

Le agradecieron tanto al grillo la buena noticia, que le compró el príncipe una jaula dorada, le traían todas las hojas de lechuga más frescas de sus huertos, y a las horas de recreo le soltaban para que les viese jugar al «guá» y montase en un tren de hoja de lata que yo llevaba. De tanto oírnos las lecciones desde su jaulita, aprendió que Colón descubrió América, y que 5 por 5 son 25, y 6 por 6 son 36, que resultan cosas muy fáciles, y pidió permiso a nuestro profesor para asistir a clase, cosa que le fue concedida al instante.

Si no ocupó el primer puesto, fue porque su cabeza es poco mayor que un botón de botas; pero si el cerebro fuera un poco más grande, ya lo creo que ocuparía mejor sitio. De todos modos estaba el cuarto, que no es mal puesto.

Los veranos tomaba la línea del telégrafo y se iba a pasar las vacaciones a otros prados donde sonaba el cantar de numerosos grillos. Era libre y feliz dos o tres meses. Pero volvía con gran entusiasmo al «Verbo Ser» para los primeros días del curso.

Y entonces dormía en el Colegio, en su jaulita, para que no le tocasen los ratones ni los gatos, y los domingos se iba con el alumno borreguito a pasar el día a su prado, y las tardes de los jueves, que no había clase, las pasaba con el príncipe, jugando con los soldados de plomo en el jardín.

El caso es que vivía admirablemente, y que nos decía algunos días, subiéndose a la mesa de nuestros pupitres:

-Soy el grillo más feliz del mundo. Soy más feliz que todos los desgraciados que están prisioneros en las jaulas; pero además vivo más contento que casi todos esos que son libres por campos y praderas.

Y yo creo que nos decía la verdad, porque había que verle qué contento estaba, enseñando al gigantesco tigre a hacer «gri-gri».

Mi familia era gente muy modesta, y para comer medianamente todos teníamos que trabajar; de modo que me colocaron de pinche en las cocinas de los príncipes del Oro.

Los príncipes del Oro eran un señor de barbas blancas, una señora de ojos azules y un niño de trece a catorce años, que se llamaba el príncipe Cristal.

Yo apenas si tenía ocasión de verlos; no veía más que el lujoso coche de seis espléndidos caballos en que iban montados, y que tenía tantos cascabeles, que se escuchaba su alegre cascabeleo en todo el valle.

Además, el principito Cristal tenía una bicicleta, un potro y una patineta para pasearse por los caminitos de su gran jardín; a mí me gustaba verle desde mi ventana cambiar de medio de locomoción, como el que cambia de postura.

Era un chico tan mimado, que tenía por juguetes todas las cosas de la vida. Había en la casa un carpintero que no esperaba más que las órdenes del principito, el cual llegaba y decía:

-Carpintero: hoy he ido en tren a Villaquesitos del Pan... y quiero que me hagas un tren de madera.

Efectivamente, a la semana siguiente veíamos en el jardín un tren en cuyos vagones cabía perfectamente Cristal.

Otra vez dijo:

-Carpintero: anoche estuve viendo la Luna desde el telescopio de mi balcón y quiero que me hagas una Luna de tamaño natural.

-¿De tamaño natural? Eso no puede ser. Harían falta muchas leguas de terreno y muchas arrobas de madera.

-¡¡Yo quiero una Luna de tamaño natural!!...

Armó tal escándalo, que tuvo que venir el señor príncipe del Oro y el profesor de Astronomía a convencerle de que no podía ser.

Sin embargo, le hicieron una bola de doce metros de alta, que resultaba más alta que su palacio, y por allí andaba la Luna estorbando en el jardín, hasta que un día los perros, jugando con ella, la empujaron por una cuesta abajo y no paro hasta el mar, en donde dicen que todavía está, unas veces por las costas de América, otras por las de Oceanía, y otras, en fin, por África, o por Asia, o por Europa.

Un día, hablando cocineros y pinches, que éramos seis y todos llevábamos gorro y mandil blancos, uno, que estaba más enterado, nos dijo que Cristal tenía nueve profesores que le enseñaban las siguientes materias:

Idiomas, Guitarra, Equitación,
Fotografía, Esgrima, Ortografía,
Aviación, Relojería, Astronomía.

Cuando lo oí me puse de mal humor, porque no era justo que yo no pudiera estudiar, porque tenía que ganar mi pan trabajando desde niño, y él tuviera ¡nueve profesores para él solo!... A mí me parecía que el príncipe, y todos los niños del mundo, debíamos tener el mismo número de clases y de profesores, para que así destacase el que más valiera.

Entonces yo, que tenía el deseo de ser oficial de Correos y no podía, me quedé pensativo y triste. Y en esto me dijo el cocinero mayor:

-Anda tú, Botón Rompetacones; pon algún adorno con regueritos de canela a

esta tarta que he preparado para que meriende el príncipe.

Quedé pensando nuevamente, sin saber si pintarle un botijo o un niño jugando al diábolito, cuando se me ocurrió escribir con la canela lo siguiente:

«Unos tienen muchos profesores, y otros ninguno.»

El niño fue a meter el cuchillo en la tarta, y leyó aquellas palabras; y comprendiendo que se le llamaba injusto y que se le decía que su saber era sólo gracias a su poderío, sintió herida su dignidad, y subiéndose encima de la mesa, dio un puntapié al pastel, que estalló contra la pared, y empezó a dar gritos:

-¡Voy a matar al que haya escrito eso, porque eso es faltarme al respeto!... ¿Quién ha sido?...

El camarero exclamó:

Ha sido un pinche que se llama Rompetacones.

-¿Sí?... Pues a la cocina voy a romperle los tacones, y el corazón aunque sea.

Y cogiendo una espada de las que tenía para las lecciones de esgrima, bajé hacia las cocinas, diciendo a grandes voces por los pasillos:

-¡A Rompetacones le mato yo de una estocada!...

Me quedé aterrado, y no teniendo otro escondite, me metí en la carbonera, con mi trajecito blanco y todo; pero el gato estaba dentro y salió brincando, con lo cual el príncipe comprendió que yo me había escondido allí.

-¡Sal de ahí, granuja! -gritaba él -. ¡Coge otra espada y vamos a batirnos! Y si no hay espadas, coge un cuchillo de la cocina...

En esto se veía que no quería matarme indefenso. Entonces yo le suplicaba:

-Alteza, es que...

-¡He dicho que te defiendas, si no quieres que te mate como a una gallina!...

Como yo no quería matarle a él, salí lleno de chafarrinones de carbón, y no cogí cuchillo alguno, sino un embudo; él empezó a tirarme golpes con la espada, y yo ponía el embudo, de modo que la punta se metía por él, y yo lo apartaba para que no me pinchase.

Estas cosas le llenaban de ira, y mi cuerpo peligraba cada vez más, porque Cristal decía a grandes voces:

-¡Voy a atravesarte la campanilla de tu garganta!!

«Entonces se me ocurrió una cosa, que puse en práctica por si tenía resultado, y fue que le dije:

-¡Ea! Con tanto tino como tiene vuestra alteza, ¿a que no coge con la espada más patatas fritas que yo?

-¿A que sí?- respondió altanero y deteniendo los golpes un instante.

¿Dónde están? -preguntó él.

-En esa fuente, alteza; son las de la cena.

-Pues ¿a que cojo dos?

-La cosa es hacerlo con los ojos cerrados -le dije yo para entretenerle con el juego y que se olvidase de matarme.

Lo intentó, cogió las dos patatas al fin, y como yo le aplaudiera, fue y me las ofreció en la punta de la espada.

-¡Ea, prueba tú, señor pinche! -dijo luego, ofreciéndome la espada.

Probé a coger, y enganché otras dos. Y él abrió la boca para que se las

diera. Y así seguimos un rato; él cogía unas veces más, y otras veces menos. Y de pronto me eché las manos a la cabeza, porque habíamos acabado con la fuente.

-¡Ea, yo te ayudo a mondar otras! -dijo Cristal.

Y así lo hizo. Y según las mondaba, añadió estas palabras:

-Tú me enseñas a mí a mondar patatas, y yo voy a conseguir que tú aprendas tantas Ciencias y Artes como yo. ¿Qué te parece?

-¡Estupendo! -exclamé contentísimo.

-¿Quieres que vayamos a un mismo Colegio?

-¡Sí, sí! ¡Eso!...-dije dando palmadas.

Desde entonces ya no tiene profesores, y fue con nosotros al «Verbo Ser».

Ni es muy estudioso, ni muy vago; por eso hizo el número cinco de la clase; lo que era justo; no como antes.

Todos los alumnos le apreciamos, como él a nosotros. Nos deja su bicicleta, y sale muchas veces de paseo con el perrito y el borrego, que son compañeros del Colegio.

Y cuando se oyen los cientos y cientos de cascabeles del coche de sus padres, él se asoma con nosotros a verlo desde la ventana, como si no fuera suyo.

Ya no es orgulloso: ya no se sube en las mesas para dar puntapiés a las tartas.

(Ya no hay que defenderse de él con el embudo, como aquel día.)

El borrego Papelito

Número 6

En una noche terrible de un invierno crudísimo, cuando la ventisca atacaba a los caminantes y casi no los dejaba andar porque los metía la nieve en los ojos, dos lobos audaces bajaron en silencio desde las montañas, y acercáronse a un redil donde las ovejas estaban pasando la noche al resguardo de la tapia de una casucha.

Gracias a la casita, el rebaño se libraba del viento helado, pero por culpa de la casita nadie veía cómo se acercaba el brillo espantoso, cristalino y verde, de los cuatro ojos amenazadores.

Saltaron de pronto los lobos al redil, y el perro del pastor, que era una fiera, se puso a luchar con uno de ellos. Los aullidos y el escándalo fueron terribles, y de la pelea resultaron los dos luchadores muy mal heridos. Así es que el lobo escapó cojeando y sin presa, y el perro leal se quedó tumbado para cinco o seis días.

En cambio la otra fiera tuvo tiempo de coger un borreguito de lazo rojo; lo prendió por la piel del cogote, saltó el redil de nuevo y brincando por la nieve y las rocas, se lo llevó.

El pobre corderito, que era muy inocentón y no sabía para qué se lo llevaban, exclamó:

-Si se cansa usted de llevarme, yo caminare un ratito por mi pie.

-Bueno... -contestó el lobo, pensando que las cosas le iban saliendo muy bien, pues además de haber cazado una tierna pieza, ahora no tenía ni que cargar con ella.

Siguieron caminando juntos, y el borreguito, charlando muy tranquilo, le iba contando a la fiera los juegos que tenían en el redil, los mimos que le hacían sus papás, lo bonita que estaba la noche con la nieve, y todas esas cosas.

Llegaron a unas rocas, y como el lobo no sintiera a su compañero, que volvía sin duda por otro camino, quiso subir a la piedra más alta para ver si le veía, y como tenía plena seguridad de la inocencia del cordero, le dijo:

-Espérame aquí un instante.

-Sí, señor; vaya tranquilo.

Pero cuando el lobo se hubo alejado unos pasos, Papelito, que tal era el nombre del borrego, tuvo deseos de jugar como un niño, y fue y se escondió, a ver qué decía «su amiguito» cuando volviera.

Y entonces sí que sucedió la cosa más graciosa. Volvió el lobo, no vio a su víctima, y como era muy mal pensado, creyó que había huido y empezó a correr, a correr a toda velocidad hacia el redil, a ver si lo alcanzaba todavía.

De nada le valió al borrego salir de su escondite y balar con todas sus fuerzas llamando a su compañero de camino:

¡Bee!...

¡¡Bee!!...

¡¡¡Bee!!!...

¡Cá! Entre la desesperación y la ventisca, el lobo no oía la llamada del inocente Papelito.

Claro está que al redil ya habían acudido los pastores a los gritos del perro herido, y el lobo no se pudo acercar. Así es que emprendió el regreso lentamente, convencido de que el corderillo había sido demasiado listo, y había llegado al rebaño antes que él.

Papelito, en cambio, era tan buenazo y tan ingenuo, que empezó a creer que le habían abandonado, ¡que le habían abandonado!.. El caso es que gimiendo en la oscuridad de la noche, se tumbó al resguardo de una roca y se quedó dormido. Así resultó que al pasar el lobo de vuelta, no se vieron el uno al otro.

Bien puede decirse que al cordero le había librado de la muerte el no pensar mal del lobo ni de nadie, y confiarle como le confió; en cambio el lobo se había estropeado el plan por pensar mal de un pobre borreguito, y salir corriendo sofocadamente en su busca.

El caso es que salió el Sol al día siguiente, dio en los ojos a Papelito, le despertó, y como conocía muy bien aquellos campos, emprendió lentamente el camino del redil, con un poco de dolor en el cuerpo, porque los colmillos del lobo eran muy duros.

Cuando apareció en el rebaño y le vio la madre, ¡oh, qué gran alegría! La pobre oveja lloraba de contenta, con balidos llenos de sentimiento.

Contó Papelito en un corro todo lo que había pasado, y la madre le dijo:

-Hijito mío, esta vez te ha salvado tu inocencia; pero tanta inocencia nos pierde, y creo que las ovejas y los corderos debemos saber algo más de la

ciencia del mundo. Así es que, desde el mes de septiembre, que ya no serás un corderillo chiquitín, te llevaré al Colegio.

Efectivamente: al empezar el curso en «El Verbo Ser», teníamos un alumno nuevo llamado Papelito.

Nuestro profesor le recibió con mucho cariño, y realmente es un buen «muchacho». Se sienta al lado del príncipe, y le soporta todas las bromas, como por ejemplo esa de darle un papirotazo por detrás en la oreja del otro lado y esconder la mano; el bueno de Papelito se cree siempre que quien le ha pegado el papirotazo es otro colegial.

Como resulta que el redil está a cuatro kilómetros de Villacolorín de las Cintas, el borrego no va a la hora del mediodía, sino que esa comida la hace de huésped en casa de una niña llamada Mariíta, que es la dueña del perro que va a nuestro Colegio. Y Mariíta le da azúcar y lechuga, le pone lazos nuevos, le saca de paseo los domingos y le trae hierba fresca.

Pero a dormir se va el pobre al redil todas las tardes, donde besa a su madre al llegar y habla con todos los borreguillos; y la verdad es que eso de ser estudiante no le ha hecho orgulloso. Su saber le pone por encima de los demás, pero él se considera igual.

Para terminar su historia, referiré que a la salida de Villacolorín de las Cintas hay una caseta de consumos, donde está empleado un consumero barbudo, feo, mellado, con fuertes cejas y manos peludas; y es el caso que cuando el corderillo pasa por la tarde hacia su redil, aquel hombre le detiene y le dice:

-¿Llevas algo que pague consumos?

-No, señor.

-¿Cómo que no? Llevas carne de cordero, y eso paga.

-Pero es que es carne de cordero vivo...

-No importa -dice el consumero, al cual le gusta el corderito asado más que el chocolate con churros; y suele añadir luego: -Me parece a mí que un día vas a pagar los consumos en mi barriga.

El pobre Papelito oye asustado esa amenaza, y como es a la hora triste y un poco miedosa del atardecer, echa a correr con su poquito de susto en el cuerpo.

Un día, a la hora del recreo, Papelito nos contó a unos cuantos compañeros el miedo que le daba aquel hombre barbudo, y el gorila exclamó:

-Si encontramos unas pielecitas blancas, me prestas el lazo rojo, y pasó yo como si fuera el cordero.

Todos le buscaron pieles; y se encogió tanto, y se disfrazó tan divinamente, que nadie suponía que aquello fuera un gorila; todos creían que se trataba de un cordero. Y vistiéndole entre todos, reíamos como si fuera en Carnaval.

Recuerdo que le disfrazamos en casa de Mariíta, y hasta le perfumó con agua de Colonia, porque también perfumaba muchos días al auténtico Papelito.

Cuando ya el anochecido estaba oscuro, nos fuimos acercando todos a la caseta de consumos; pero todos quedamos escondidos por las esquinas, menos el mono, que avanzó con su disfraz.

El consumero feo y antipático exclamó:

-¡Ea, ya está el corderito tierno de todos los días! Le conozco divinamente, porque es la única oveja que se perfuma. Y dime, ¿llevas algo

de pago?

-Sí, señor: mi carne de cordero, que asada debe estar muy buena.

-¿Pero es que te burlas de mí? -preguntó incomodado el consumero- Pues si te burlas, voy a ver qué carne es ésa. Te quitaré la piel... y así se sabrá mejor si llevas algo de pago. No sé por qué huele a que tengo de cena esta noche corderito asado.

Y cogiendo un cuchillo, se acercó a lo que él creía que se trataba de una tierna oveja.

El gorila exclamó:

-¡Quieto! La piel me la puedo quitar yo mismo...

-Pues me evitarás ese trabajo -exclamó aquel terrible hombre de la mirada ansiosa.

En efecto: se echó atrás las pieles, se puso de pie, y el consumero se encontró con un monstruo que era una cuarta más alto que él. Y tal susto se llevó, que se cayó hacia atrás, dio una voltereta, y al caer dejó el cuchillo clavado en la bota de vino que tenía en el suelo para la hora de la cena. De modo que no hubo sangre humana ni de cordero, pero la sangre de la bota bien se puede decir que salía a chorro, como en una fuente. Lo más divertido es que, desde entonces, cuando el humilde Papelito pasa en el atardecer hacia el redil de las ovejas, el consumero huye como si viniera un toro escapado, y se encierra en su caseta. Y el corderillo ríe, porque ya va teniendo picardía y reconoce la suerte que tuvo con el lobo y la que tiene con el consumero.

El gorrión Pío Pan

Número 7

Recuerdo que una hermosa tarde de primavera salimos juntos del Colegio el gorila, el negrito y yo, y como teníamos ganas de hacer algún disparate, porque en primavera la sangre está fuerte y alegre, nos pusimos detrás de la tapia de un huerto, cogimos cada uno diez o doce piedras y nos liamos a cantazos con un espantapájaros.

A la primera pedrada se le cayó el sombrero, y cuando había recibido unas cuantas, le dio el negrito una tan violenta, que cayó como un soldado, hasta levantando los brazos y todo...

¡Cuánto nos reímos con aquel monigote!...

A la otra tarde salimos con los mismos ímpetus, pero con más hambre, y el gorila y yo nos pusimos a coger fresa a escondites, y el tuno del negro se subió a un manzano. Y he aquí que cuando estaba cogiendo la fruta con el mayor sigilo, oyó que hablaban dos gorriones, sin verle, y que, refiriéndose a nosotros, decían:

-Ahora mismo voy a avisar al guarda que están robándole la fresa.

-Hijo mío -decía el otro pájaro -, ni debes ser acusica de esas pequeñeces, ni debes olvidar que ellos fueron los que ayer vencieron al

muñeco que tanto miedo te daba. Déjalos que se diviertan.

El hijo, que se llamaba Pío Pan, preguntó todavía:

-¿Pero es que los vamos a dejar que abusen?

-Si abusan, se les denunciará; pero entre tanto hay que ser un poquito bueno con ellos, y no ser acusica ni tener mala intención. ¿Comprendes?

-No lo comprendo, papá. ¿Se denuncia cuando ve uno hacer una cosa mala o no se denuncia?

-Según. En este caso no, porque sólo se trata de pequeñas picardías de unos colegiales. Si los ven, que los castiguen; pero que no los castiguen por tu culpa.

La lección era difícil... porque ni decía que sí, ni decía que no. El caso es que comimos unas pocas fresas, y nos fuimos pronto, ya que a nosotros tampoco nos gustaba abusar.

Por entonces sucedió una cosa un poco extraña, y fue que se metieron por unos espesos bosques y matorrales dos tipos mal encarados, despeinados y con antifaces, y un burrito que les acompañaba a la fuerza.

Cuando estaban metidos en lo más espeso, descargaron del jumento un arca que llevaba, y en un sitio bien escondido estuvieron haciendo un hoyo para enterrar la caja. La verdad es que todo aquello asustaba como si se tratara de esconder algún muerto.

Bien creían aquellos dos hombres espantosos que nadie los veía, ya que a su alrededor había solamente un arbolado espeso. ¡Ah!, pero dos seres habían presenciado la maniobra... ¿Quiénes fueron esos dos seres? ¿Quiénes habían de ser! Una jirafa que había asomado su cabecita por encima de la copa de un árbol y el gorrión Pío Pan, que el otro día había oído a su padre el consejo de que no siempre debe ser uno un acusica.

Aquella jirafa, que era una señorita muy quisquillosa y un poquillo malintencionada, así que vio la rara maniobra, salió con un paso exageradamente ligero hacia Villacolorín de las Cintas, a contárselo a los guardias.

Iba hablando sola, como hacen esas personas que van por las aceras muy preocupadas, y cuando se encontraba a algún conocido le decía:

-Adiós, adiós. Voy comando, a ver si hay tiempo de que peguen los guardias cuatro tiros a dos hombres perversos...

¡Ah!, pero el gorrión Pío Pan iba volando por encima de la jirafa, y según volaba, volaba, iba pensando de este modo: «Muy mala intención tiene la jirafa; y el caso es que yo no sé si esto que han hecho estos hombres es de lo que mi padre dice que debe acusarse o no...»

Le dio pena al gorrioncillo que mataran a dos hombres, por muy feos que fueran, y sintió el deseo de detener a la jirafa, para darle tiempo al pájaro de consultar el caso con papá gorrión.

Mas ¿cómo detener a toda una señora jirafa un simple gorrioncillo pequeñajo?... Resulta que es cosa fácil, porque volando, volando, se le acercó a las orejas y la dijo esta aleluya de colegial:

-¡Acusica, Barrabás! ¡En el infierno te verás!...

La gigantona, como era tan rabiosilla y quisquillosa, se incomodó muchísimo y quiso castigar con un mordisco al pájaro; pero el pájaro se burlaba de ella y la hizo perseguirle con ira.

Entonces Pío Pan la acercó a un poste en el que un letrero decía:

SE PROHÍBE

CAZAR

Y cuando la tenía al lado, dio tales vuelos alrededor del palo, que el pescuezo larguísimo de la malhumorada jirafa se hizo un nudo por perseguir al ave, y mando quiso recordar había quedado prisionera de ella misma. Así que la tuvo bien sujeta, el gorrión se fue como una flecha al nido de sus padres, y contó con todo detalle lo que había visto en el bosque y lo que había hecho con la jirafa. Y el padre dijo:

-Muy bien está que hayas venido a pedirme consejo, y has de saber que en este caso de robo y de gentes que viven haciendo el mal hay que denunciar inmediatamente. Y quiero que desde ahora en adelante no me pidas consejo, sino que lo pienses tú bien y en conciencia veas cuándo es grave el delito o cuándo es sólo una picardía sin importancia.

El caso es que con toda urgencia, se fueron a llamar con el pico en la ventana de la Comisaría de Orden Público. Los vio un guardia, abrió muy despacito, y como era un hombre que no entendía de gorriones que hablan, los cazó con su casco blanco, que parecía medio cascarón de avestruz.

Claro es que ellos se habían dejado cazar.

El guardia, que era hombre de buenos bigotes, los metió en una jaula, y cuando estaba más contento con sus pajaritos, oyó que papá gorrión le

dijo:

-Bueno, señor guardia: ahora queremos hablar con tu capitán inmediatamente.

El guardia, un poco azarado, se cuadró, saludó militarmente a los gorriones y les dijo:

-Sí, señores; ahora mismo se lo diré. Y perdonen que les haya encerrado: pero es que creí que eran ustedes unos pájaros...

El capitán oyó en seguida el relato que Pío Pan le hizo de aquello de los ladrones, e inmediatamente salió un automóvil de guardias, con Pío Pan volando delante: era como si una estrella los guiase.

Y, efectivamente, llegaron a tiempo de prender a los dos malvados, que habían dejado las huellas de sus alpargatas por el suelo, y se les cogió pronto. Luego, unos obreros desenterraron la caja, que resultó ser un arca con monedas de oro, que habían robado en un Banco de Villacaballos de Cartón. Y por último, los bomberos tuvieron que venir a desatar el nudo que la jirafa se hizo en el poste; y como la dolía mucho el cuello, hubo que llamar a un veterinario, que dirigió los trabajos de los bomberos y la dio cloroformo, como si la fueran a operar. De ese modo perdió unos minutos el conocimiento y pudieron deshacer el lío sin que sintiera dolor alguno la jirafa.

Cuando la buena «señora» volvió en sí, se incomodó muchísimo porque no había sido ella la acusica, y desde entonces tira mordiscos a los pájaros que pasan a la vera de su cabecita y se ha quedado ya con las colas de varios infelices; pero no ha conseguido morder a ninguno.

Naturalmente, el juez dio orden de que no se volviera a encerrar a los dos gorrioncillos y, además, los dio las gracias. Y como todos los periódicos contaron el suceso, nuestro profesor dijo en clase:

-¡Me gustaría mucho que ese gorrión fuera alumno de mi Colegio! Se comprende que no es acusica, y que sólo acusa las cosas que son verdaderamente malas. Me parece muy bien...

Y como todos tuvimos el mismo deseo que él, exclamó el príncipe:

-Pues ponga usted un anuncio...

-¡Tienes razón! -dijo el profesor.

Efectivamente, no puso anuncio, sino que hizo que un aeroplano tirase unos papeles de colorines que decían: «Colegio El Verbo Ser; se da clase a los pájaros.»

Los papeles caían como lluvia de estrellas, y Pío Pan cogió uno al vuelo.

Y como era un pájaro bastante dispuesto para el saber, fue a nuestro Colegio, donde le recibimos con mucho cariño.

Él, pidiéndonoslo con lágrimas en los ojos, consiguió que no cogiéramos nunca nidos, ni que tirásemos jamás piedras a los pajarillos. Pero era travieso, y se metía en los bolsillos sin que nos enterásemos, y en los bolsillos se comía esas migas que dejan siempre los colegiales, o picaba en las meriendas, si se las encontraba.

Claro que entonces el negrito hacía una cosa: le clavaba una goma de borrar en el pico... y así no podía picar.

¡Bah! Pero todo era una broma. No se incomodaba jamás, y era incapaz de acusar a un compañero.

El gorila Tururú

Número 8

El gorila era un terrible enemigo del Colegio. Hasta que se le puso el nombre de Tururú, todo el mundo le llamó en Villacolorín de las Cintas «el enemigo público número uno»: ya veis cómo sería.

Robaba por las huertas de una manera insaciable, arrasándolas verdaderamente, y cuando tenía ganas de juego, que le pasaba con frecuencia porque era muy joven, aquel enorme animal de dos metros de alto cortaba una estaca y se liaba a estacazos con los colegiales, con los gatos, con los botijos que se quedaban al fresco en las ventanas y con las muñecas de los pobres vendedores callejeros.

Después salía corriendo y riéndose a carcajadas, y se internaba en el bosque. Ése, ése era el enemigo público número uno, al que teníamos un pánico espantoso todos los chiquillo y perros y gatos de Villacolorín.

Sucedió que un día comenzó a gotear; de pronto sonó un trueno como el disparo simultáneo de cien cañones, y rompió a llover de una manera tan monstruosa, que de una acera a otra no se conocían las personas, por culpa de la cortina de agua. Cualquiera diría que comenzaba un segundo Diluvio Universal. Y tales torrentes caían de los canalones altos, que rompían los sombreros y los paraguas: y un pobre confitero que llevaba en la cabeza una enorme tarta para una señorita Ascensión -pues era el día de la Ascensión- pasó sin darse cuenta por debajo de dos chorros seguidos, y cuando llegó a casa de la señorita llevaba la bandeja completamente limpia. De modo que la señorita del santo se puso a llorar.

¡Qué día tan espantoso! Iba el enanito a atravesar el puente del río,

camino del Colegio, cuando de pronto estalló la presa, que estaba un poco más arriba, y alcanzó tal crecida el río, que el agua se entraba en las casas próximas y se llevaba las sillas, los gramófonos, las ollas que había en la lumbre, los cochecitos de las muñecas, los cestos de la costura y hasta las cartas del edificio de Correos, que volvían a salir por el buzón; y si no se llevó alguna persona, fue por verdadera casualidad.

Al enano sí que se le llevaba la corriente. ¡Adiós, enano! Y que a ése le taparía bien pronto el agua...

Por fortuna, dio con el tronco de un árbol, se agarró a él, trepó, y salvó, al fin, su vida, después del susto; pero pasó verdaderas angustias al ver que la inundación se llevaba las mesas, las camas y las guitarras de las gentes modestas.

Al cabo de ocho horas de estar metido entre el ramaje sin poder salir, sintió hambre; la angustia le había quitado el apetito, pero ocho horas sin comer son muchas horas; así es que trepó por el árbol, y cogió una rica manzana, con unos colorines que parecían los de la cara de una moza guapetona.

Comiéndola estaba, cuando sintió como si el pelo se le hubiera enganchado en la rama. Pero su sorpresa fue espantosa al ver que era el gorila el que estaba gastando semejante broma.

-¡¡Qué horror!! ¿Quién eres?

-Soy el gorila, y tengo en este árbol mi nido. Y por haber subido a mi casa sin hablar con el portero, te voy a coger de las barbas y te voy a echar en remojo.

-No, amigo gorilita... ¡No juguemos! ¡Te lo suplico!...-decía temblando el enano -. ¿A ti te parece que está bien jugar así, cuando la gente está pasando grandes penalidades con la inundación?

-¡A mí qué me importa la gente! Lo que siento es que hoy no he comido más que noventa y nueve manzanas.

-¿Cuántas querías comerte? -preguntó el enano.

-Las que me como siempre: cien.

-¡Qué disparate! ¡Qué banquete, mientras la gente pierde sus muebles y sus ahorros, y los niños pierden sus juguetes!... ¡Eres un verdadero monstruo!... ¿Y qué te apetece después de comerte las noventa y nueve manzanas?...

-Tírate al agua.

Y diciendo y haciendo, cogió el gorila por los pelos al enano y lo metió en el agua de patitas; pero en vez de soltarlo, le subía y le bajaba como si fuera un muñeco; de modo que el enano, hablando difícilmente, le decía:

-¡No seas así, «chatillo»! ¡No seas tan barbarote!...

El mono, por entretenerse, le volvió a subir y le dijo:

-Cuéntame cosas, aunque sean mentiras...

-Pues mira, acabo de ver una muñeca que se ha salvado en una guitarra, y la niña iba detrás, navegando en una artesa, con dos escobas por remos

-contestó el enano.

-¡Otra mentira! -pidió el gorila.

-Pues verás: este era un gorila que se convirtió en pajarito, y con eso ya era feliz...

-Eso es imposible; yo soy más feliz que los pajaritos...

-Eso es una mentira tuya -le contestó el de la barba-; los pajarillos son más felices que tú, porque se alegran de ver que la gente los quiere y los echa migas.

-¡Ah! Pero yo puedo coger un palo y pegar a los que me den rabia, y los pajaritos no -, replicó el mono.

-Sí, eso sí; tú puedes coger un palo, ir a pegar a un gato... y pegarle; pero si no le pegas, tienes más rabia que nadie; y eso te pasa muchas veces cuando escapan a correr.

En cambio, los pajarillos no quieren pegar a nadie, y así son felices.

-Pues yo no me cambiaría por ningún ave -respondió el gorila.

-Harías mal, porque... figúrate que fueses una golondrina... Volarías entre las nubes, tendrías un pitido que alegraría las almas de los que te oyeran, llevarías de comer a tus hijitos al nido, los arroparías si hacía frío, los poetas te cantarían, irías de viaje algunas veces... Figúrate que fueses gorrión... Los niños te echarían migas, y arroz, y trigo, y tú vendrías a comerlo como si jugaras con los chiquillos... ¿No te gustaría ser pájaro?

El gorila se quedó pensativo, y, sin responder una palabra, empezó a saltar de rama en rama y a exclamar:

-¡Pío!... ¡Pío!... ¡Pío!... -y de pronto dijo-: Sí. Me gustaría ser pájaro... ¿Lo imito bien?

-Muy bien... no. Pero lo que hace falta para imitar a los pájaros es... ser buen chico. Los chicos alegres y los pajarillos libres, se parecen siempre mucho. Mira: tú te diviertes atizando estacazos a los gatos. En cambio, podrías divertirte en mi Colegio jugando al paso con mi amigo el negrito, o jugando a los bolos, o a la toña con el príncipe.

-¿Y qué juegos son esos? -preguntó el gorila.

-Yo te los explicaré.

Como ya se había echado encima la noche, y, aunque había cesado la lluvia todavía era mucha agua la que había en el suelo, treparon los dos hasta el nido del mono, se echaron en él y el barbudo contó cómo eran los juegos con que nos divertíamos en el Colegio de «El Verbo Ser».

Y el gorila dijo:

-Sí, pero a mí eso de estudiar no me divierte.

-¿Que no? Porque no lo has probado. El estudiar está lleno de curiosidades, sobre todo si se aprenden alegremente... Además, todo el mundo dejará de llamarte «enemigo público número uno», y te podemos llamar Tururú, si te gusta, y hacerte unas tarjetas que lo digan.

Y le dibujó una tarjeta que decía:

TURURÚ

Gorila.

VILLACOLORÍN DE LAS CINTAS

Gustole un nombre tan divertido al mono, y se durmió soñando que jugaba al «guá» con unos estudiantes, y que de mayor las personas formales le llamaban «Don Tururú».

Les despertó la mañana a los dos, y, como la inundación había cesado, el gorila empezó a descender del árbol.

-Pero ¿adónde vas tan ligero? -le preguntó el enano.

Y el mono respondió:

-Me da vergüenza haber sido ladrón de noventa y nueve manzanas en este

árbol, y he pensado ir a otro huerto a por otras noventa y nueve para dejárselas a éste.

-No, amigo Tururú, no hagas eso, porque luego tendrás que robar otras noventa y nueve de un tercer árbol, para el segundo, y te vas a pasar la vida robando, precisamente cuando quieres dejar de hacerlo.

-Tienes razón. Lo que haré será no volver a robar...

El haberse sentido pájaro un instante le inundó la vida de sentimentalismo y poesía, y ya no robó más. De modo que comía lo que ganaba como maletero de la estación, después de las horas de clase.

Porque habéis de saber que fue a mi Colegio, y la verdad es que no era un alumno muy aprovechado; pero aprendió pronto las cuatro operaciones más fáciles de la Aritmética, porque quería poner, cuando tuviera unos años más, una tienda de frutas o un puesto de melones.

Recuerdo que por entonces se celebró la fiesta del árbol en Villacolorín de las Cintas y Tururú decía, según plantaba su manzano:

-Cuándo mi arbolito sea mayor, sólo nos subiremos a él los pajarillos y yo...

Ganó un concurso de fuerza, y le regalaron una cometa, con su cara pintada; y miraba con envidia la cometa, porque él lo que quería era volar, volar, ser un pajarillo y ver el mundo desde lo alto; quería ser un pajarillo... y era un monstruo más alto que el techo...

Los días de fiesta tenía permiso para hacer alguna diablura, y un domingo se escondió entre las ramas de un árbol, y a una señorita la cogió la sombrilla al pasar... y al notario, que era un señor muy presumido, le quitó un bisoñé rubio y le dejó completamente calvo.

Y después se pateaba con el negro, luciendo la linda sombrilla, y con el bisoñé puesto en la cabeza...

Y los chicos se caían por el suelo, de risa.

El perro Armario

Número 9

El perro Armario no era buen estudiante. Leal y noble y cariñoso con los compañeros, lo era como ninguno; pero estudioso... muy poquito.

Su amo, un carpintero, le llamaba Armario por dos razones: porque guardaba en la barriga todos los huesos, pan, terrones de azúcar y galletas que le dieran, y porque, si se le decía que tuviera cuidado de una chaqueta o de una cartera, lo guardaba mejor que un armario, y nadie se atrevería a cogerlo. Y lo mismo cuidaba de las muñecas que le diese a guardar la hija del carpintero, que era una niña que se llamaba Mariíta.

Su dueño no quiso que este perro, amigo de su hija, fuera como un chucho de esos de la calle, y le mandó a nuestro Colegio; y si bien no era muy estudioso, en cambio, le gustaba mucho copiar las estampas del Dibujo de figura y asistir a las clases de Química, porque a los perros les

entusiasmo, sobre todo, el estudio de los olores.

¿Novillero?... Era el más novillero del Colegio; acaso el único; sobre todo, en primavera, que se marchaba a correr liebres, que eran amigas suyas, y a bañarse en el río con otros perros, para secarse luego persiguiendo y pisando con alegría las sombras de las mariposas.

Uno de los perros que le acompañaban era galgo, de raza pura; pertenecía a unos señores duques, y presumía de elegante y de conocedor de olores, por lo cual discutía terriblemente con Armario, y más de una vez habían llegado a las manos; es decir, a los colmillos. En fin, era un galgo antipático, en tanto que Armario era alegre, bueno, generoso, simpático y divertido.

Había faltado a clase una mañana nuestro compañero, y andaba con sus amigos por las afueras del pueblo, cuando oyeron que la señora del médico, acompañada de su criada y veinte vecinas, daba voces acongojadas llamando a una niña que se había perdido:

-¡¡Estrellaaaa!!... ¡¡Estrellitaaaa!!...

Se acercó el galgo y preguntó a la madre de la desaparecida chiquilla:

-¿Qué sucede, señora?

-Sucede -contestó la pobrecita mamá-, que mi hija Estrella se ha ido jugando al aro, y tanto tanto se ha entusiasmado con el juego, que se ha ido muy lejos, y cuando nos hemos querido dar cuenta, ha desaparecido.

Entonces el galgo exclamó, con su tono distinguido y elegante:

-Señora mía: si me dais a oler cualquier objeto de la niña, yo, olfateando por el bosque, la encontraré; porque ha de saber usted que un perro de buen olfato es capaz de hacer eso, y más.

Armario oyó aquella proposición del galgo, y sospechando que su enemigo podría triunfar y llenarse de popularidad y gloria, se propuso deshacerle la combinación, aunque todavía no se le había ocurrido cómo.

Entonces la señora del médico le dio a oler al galgo la muñeca de Estrellita; se aprendió bien el flaco perro aquel olor, y salió en busca de la niña, perdiéndose entre los matorrales.

Apenas se había perdido, cuando Armario hizo su picardía: tomó carrerilla, arrancó de las manos de la señora la muñeca, y, llevándola en la boca, desapareció también por los matorrales.

¿Qué hizo después Armario? Fue colocándose cerca del galgo, sin que el galgo le viera, hasta que consiguió que su enemigo notase el olor de la muñeca y creyera que era el olor de la niña; así es que el galgo empezó a caminar y a olfatear hacia donde estaba Armario, pero no hacia donde lloraba la pobrecita muchacha perdida en los bosques.

Cuando ya estaba cerca, nuestro compañero perro dio otra carrerita sigiloso, y el galgo siguió caminando hacia la muñeca. Después, otra carrerita, y otra, y otra, hasta que le pareció a Armario que había conseguido de su enemigo que se apartase bastante de donde pudiera estar la niña Estrella.

Entonces escondió la muñeca entre unas ramas y se fue.

Llegó el galgo, buscó el olor de la muñequita, la encontró al fin creyendo que lo que había encontrado era la niña, y con gesto de vanidad volvió a donde estaba la señora y la dijo:

-¡Oh, señora mía! Aquí tenéis al fin a vuestra hija...

-¿Mi hija?... ¿Que esto es mi hija? ¡Pero si esto no es más que una

muñeca! -contestó ella llorando.

-Señora, pues yo lo he buscado con el olor de la muñeca de su hija...

-Claro -exclamó la madre-; como que ésta es la muñeca misma de mi niña...

En fin, es el caso que la buena señora siguió llorando, y la gente se burlaba del galgo; tanto es así, que los chiquillos le gritaban:

-¡Galgo pelao, te has colao! ¡Galgo pelao, te has colao!

De modo que el pobre bicho agachó las orejas, y con todo su orgullo se fue a una alfombra de su casa, hasta que se le pasase el azaramiento, que le duró más de una semana. ¡Buen castigo a su vanidad!...

Entretanto, Armario, ya libre de enemigos, empezó a oler con mucho cuidado, hasta que consiguió encontrar por el olfato la dirección de la niña, que, como es natural, olía al mismo perfume que la muñeca.

Y al fin la encontró... ¡Viva Estrellita! Estaba sobre unas rocas, llorando angustiosamente. Era rubia, tenía los ojos azules, y el vientecillo suave de la primavera llevábase su melena hacia un lado. No sabía volver la pobre.

-¿Has pasado mucho susto? -la preguntó el perrillo.

-Mucho. Me temo que ya no volveré nunca más a ver a mis padres.

-¿Cómo que no? -exclamó Armario lamiéndola cariñosamente las manos-. Yo te llevaré a que te bese tu mamá ¡No faltaba más!...

-¿Es de veras? -preguntó la chiquilla loca de contenta.

-Ahora lo verás.

Metió el perro la cabeza por el aro que llevaba la niña, y tirando suavemente, igual que tiran los chuchos de los ciegos, la trajo al pueblo. Llegó cuando la madre, creyendo que los lobos se habrían comido a su hijita Estrella, estaba más apenada que nunca.

Al verla, hubo abrazos y besos, mojados con lágrimas de alegría.

Agradecidos al médico y su señora, invitaron un sábado al perro a cenar, y luego le llevaron al cine, donde aplaudía cuando triunfaban los buenos; y ya sabéis cómo aplaudía: ladrando estrepitosamente.

También en el Colegio de «El Verbo Ser» hubo gran fiesta en su honor. El profesor le castigó a estar de manos durante un cuarto de hora, por novillero; pero luego le ofreció una merienda por héroe, y de la merienda participamos todos. Nos dieron chuletas, y él se comió la suya y el hueso de todas las demás.

La verdad es que estuvo una gran temporada sin faltar a clase; pero llegó aquella guerra maldita en que el enemigo acampó una semana a las mismas puertas de Villacolorín de las Cintas, y el perro, estuviera en clase o donde estuviera, se escapaba como loco al campo de batalla, en cuanto el cornetín, tocando a combate, chillaba de esta manera:

¡¡T a r a r í í í !!

Entonces se iba al campamento enemigo, a ladrar a los coroneles, que, afortunadamente, no le hicieron caso, y tuvo ocasión de hablar con los conejos de aquellas campiñas, que estaban verdaderamente aterrados con tanto tiro.

-Pasas miedo, ¿eh? -preguntó a uno de ellos.

-Mucho -contestó el pobrecillo-; día va a llegar en que nos maten sólo con el ruido...

-¡Ánimo! -le dijo entonces el perro -. Alguna vez se ha de terminar esta guerra, que es por lo menos tan cruel como las demás guerras. Por lo

pronto, cuando vaya a tocar el cornetín para que empiece el fuego, tú me vas a ayudar y le molestaremos un poquillo, ¿te parece?

-Estoy a tus órdenes -respondió el conejito.

En efecto, tanta rabia tenía el perro a los soldados enemigos, que una vez, cuando vio que el cornetín, por orden de su jefe, iba a tocar a que hicieran fuego contra nuestro pueblo, pasó corriendo como si fuera detrás del conejo que estaba combinado con él, se metieron entre las piernas del trompeta, le tiraron al suelo, y, cogiendo el instrumento maldito, salieron a toda velocidad hasta Villacolorín.

Como los regimientos estaban muy esparcidos, no se podía dar con la boca el grito de que hicieran fuego, y tuvieron que estar parados un gran rato, a falta de trompeta que tocara.

Sofocado y todo, llegó Armario al Colegio; se lo contó al profesor y el profesor hizo una bandera de paz con media sábana y la plegó dentro del cornetín, para que nuestro perro lo devolviese rápidamente, como así lo hizo, dejándolo caer a los pies de los soldados.

-¡Ya tengo otra vez la trompeta, mi coronel! -dijo el cornetín de ordenes.

-¡¡Pues toca para que empiece el fuego inmediatamente!!

Fue a tocar el muchachito con todas sus fuerzas, y la trompeta no sonó a guerra, porque estaba taponada; pero en cambio se desplegó la bandera de la paz, que al principio dejó como atontados a todos, porque no lo esperaban. Pero creyeron que era cosa del coronel, que había decidido acabar con la guerra; y como ya tenían muchas ganas de cesar en este maldito jaleo de matar y morir, aplaudieron con fervor... y ya no hubo manera de hacerles tirar contra nadie y contra nada.

-¡Viva la paz! -gritaban.

-¡¡Vivaaaaa!!...

Con este motivo se habló con mucho elogio de Armario, salió retratado en las portadas de todos los periódicos del mundo. Yo guardo una foto en que está fumando un cigarro puro, con una cara de mucha gracia y picardía...

¡Qué lástima que sea un poquito novillero!...

El negro Borrón

Número 10

¿Quién ocupaba el último lugar en clase?... Borrón, el negrito que vivía con sus padres en una cabaña. ¿Era Borrón perezoso? No. ¿Era Borrón de los que faltan a clase? No. Entonces, por qué estaba el último en el Colegio?... Pues porque no ponía atención en las cosas, y siempre estaba pensando en viajes, en inventos y en descubrimientos... Por eso le pasó lo que vamos a contaros.

Había cerca del río de Villacolorín de las Cintas un pinsapo del que se contaba que ya tenía doscientos años, y que estaba tan alto, tan alto, que era el único árbol, de aquellos alrededores, que dejaba chiquitita a la

torre, con su veleta de gallo y todo.

Cuando salíamos de «El Verbo Ser» en los tristes anochecidos de invierno, Borroncito me decía muchas veces:

-Oye, Botón Rompetacones, ¿será verdad que ese árbol gigante llega hasta el cielo?...

Y como éramos pequeños, bien nos creíamos ese gran disparate. Así es que Borrón estaba convencido, y yo también, de que la punta tocaba en el cielo mismo, y de que llegando hasta ella se podría entrar en el cielo. Y como nos habían hablado tanto de lo buenos que eran los ángeles, creía el negrito que, en llegando a lo alto del árbol, malo sería que algún angelote de fuertes alas no le echara una mano y le ayudase a subir lo poco que le faltase.

Ya habíamos intentado subir dos o tres muchachos del Colegio, y se decía de antiguos colegiales que también lo intentaron; y con pinchos y navajitas todos habíamos ido dejando nuestras iniciales en el tronco: el príncipe, el tigre, yo y tantos otros:

C. O.

B. R.

K. U.

A. G.

C. D.

Pero a todos nos había dado miedo a la mitad; además nos pinchaban en los ojos las ramas y nos obligaban a volver.

En fin, había un hombre cojo empleado en el surtidor de la gasolina, y todo el pueblo de Villacolorín sabía que se quedó cojo por haberse caído del árbol, cuando iba de chico a ver si llegaba al cielo.

Borrón oía estas cosas, y como tenía un gran espíritu aventurero, sentía una ilusión enorme por llegar algún día a lo alto. De modo que había intentado la ascensión dos o tres días, teniendo siempre que volverse, unas veces porque le daba un poquillo de miedo encontrarse tan solo en aquella oscuridad interior del ramaje, y otras porque también a él le pinchaban en los ojos esos millones y millones de pinchitos que los pinsapos tienen.

¿Podía Borrón desistir de la subida como un fracasado cualquiera?... De ningún modo. Así es que un domingo bien temprano dijo así a su mamá, cuando la negra dama estaba cosiendo a la puerta de la cabaña:

-Mamaíta, me voy a pasar el día al campo con el profesor y mis amigos Botón Rompetacones, el tigre y el corderito; así es que tienes que hacerme una merienda.

Nunca está bien esto de engañar a la madre, pero, en fin, se lo perdonaremos esta vez, porque lo hacía para no asustarla.

El caso es que se compró unas gafas de colores y se puso una boina que le tapara bien las orejas; se ató a la espalda la mochila con la merienda que le habían preparado como para una excursión del Colegio, y sin que nadie le viera emprendió la marcha. Y ya lo tenía bien pensado: en llegando a lo alto, mandaría a un ángel, a un querubín de esos tan salados que no tienen más que cabeza y alas, para que le dijera a su negra mamaíta la verdad de donde estaba, y pedirla que le perdonase.

Despacito... y con mucho cuidadito. Estaba Borrón llevando a cabo una de las expediciones más grandes que puede acometer el hombre, que es la de

subir desde el suelo hasta el cielo. ¡Menuda empresa!...

Subió, subió, subió, y de cuando en cuando tenía que detenerse a quebrar alguna ramita que le molestaba para seguir adelante. Y he aquí que oyó que en la torre daban las doce del día, y sentándose cómodamente en una rama gruesa horizontal, se comió la tortilla, un filete empanado y una naranja, dejando dos plátanos para el caso de que tuviera hambre a la hora de merendar y aun no hubiera llegado al cielo.

Descansó, leyó una página de chistes de un periódico en que iba envuelta la fruta, se puso las gafas y la boina para los pinchos, y siguió subiendo, siguió subiendo, suponiéndose que ya no le faltaría mucho para llegar al feliz término; y era tal su esperanza, que de cuando en cuando ponía una mano en su boca como una bocina, y gritaba hacia arriba:

-¡Angelitos!... ¡¡Angelitos!!...

Pero nadie le contestaba aún, así es que había que seguir subiendo.

Todavía volvió a dar más voces, siempre sin resultado, y ya llevaba un buen rato de subir en silencio, y ya debía estar cerca de la punta, puesto que parecía clarear el pinsapo por arriba, cuando de pronto le pareció que se oía un ruido de alas. ¡Ah!, pero no de alas ligeras de pajarillos que huyen, como había escuchado constantemente según subía, sino fuertes y gruesos aletazos, como deben ser, sin duda alguna, los de los ángeles mayores: los que tienen como tamaño y edad de catorce a quince años.

-¡Angelitos!... ¡¡Angelitos!!... -gritó de nuevo el negrito -. Esperadme un poco, que ya voy...

Todavía otros aletazos de fuertes bríos sonaron seguramente que en lo más alto del árbol... ¡Qué alegría! Aquellos eran, bien seguro, los ángeles, los angelitos, en los que había pensado tanto al organizarse aquella expedición.

¡Ea, un esfuerzo; que ya faltaba poco para alcanzarlos!

Claro que... resultó que no eran los ángeles; todo hay que decirlo. Un águila formidable, de garras y de pico que parecían de acero, había colocado su nido, por no se sabe qué motivo, en las ramas altas del pinsapo. Y en él cuidaba a dos aguiluchos tiernos, que no hacía ni cuatro días que habían salido del cascarón.

Cuando el ave terrible vio que se le acercaba un negro enemigo, se dispuso a defender a sus hijitos. Poco trabajo la costaría la defensa desde lo alto: bastaba con dos picotazos en las manos para que el hombrecillo se fuese al suelo; y si no, en los ojos.

Pero el niño aún no la veía, y subía casi gimiendo mientras exclamaba:

-¿Pero dónde estáis, angelitos?

La verdad es que al águila no le sonó mal la voz infantil de Borrón; le pareció una voz simpática; no sonaba, además, a enemigo fuerte. Así es que esperó con tranquilidad que llegase hasta él la figurilla negra.

Y cuando Borrón, que ya estaba a dos metros de la picota, se encontró con el águila fiera de la roja mirada de fuego, por poco se suelta y cae desmayado al suelo, donde el pobrecillo se hubiera deshecho.

Afortunadamente el águila se dio cuenta de todo y quiso animar al muchacho; así es que le puso cara amable; y comprendiendo cuáles eran sus felices ilusiones, le dijo:

-Ven..., sube... Los ángeles somos nosotros...

-¿Tú? -preguntó extrañado y lleno de emoción el chico negro.

-Yo, sí. Si no fuera un ángel, ahora te picaría.

-Sí..., claro..., tienes razón... ¿Y quiénes son esos que asoman por el nido?

-Pues esos son querubines precisamente; pero de los de cabeza y alas nada más. Nos hemos convertido en águilas para no llamar la atención, ¿comprendes?

-Entonces ¿es que el cielo está muy cerca? -preguntó con entusiasmo el niño-

-Cerquísima. Cuando bajes, ya puedes decir que has visto la luz misma del cielo-. Y en efecto, se miraba hacia lo alto, y como estaba muy cerca de la punta del árbol, se veía un poco de claridad, aunque ya era luz del atardecer.

-¿Se verán más ángeles si me asomo más? -preguntó Borrón.

-No; no podrás ver otros que a nosotros tres, que anos para la vigilancia de Villacolorín de las Cintas.

-¿Y ya no puedo ver más?

-Nada más, morenillo. ¿Te parece poco haber visto este par de querubines?

-respondió la madre -. Sube más y acarícialos...

Borrón trepó un poco todavía, y hasta estuvo besando a los aguiluchos y les regaló con los plátanos que le quedaban.

-Bueno, simpático chaval; ahora baja, que se te va a hacer de noche y te vas a caer. Y no vuelvas a subir, ¿oyes? Porque al que suba, se le castigará. Así está mandado. Anda, dales otro beso, y a bajar con mucho cuidadito...

Como ya se hacía de noche, bajó el águila con él hasta el suelo, alumbrándole con sus ojos que eran como linternas.

Y había que oír a Borrón cuando llegó a su casa llorando casi por las emociones:

-¡Madre! ¡Madrecita! ¡He visto tres ángeles! ¡Tres, madrecita!...

Y lo mismo nos lo vino a contar en el Colegio al borrego, al príncipe y a mí. ¡Tres ángeles nada menos que había visto!...

Nosotros bien lo creímos, porque sabíamos que él no era capaz de mentir. Si no lo eran, ¿qué importaba? Él había percibido en el águila la dulzura suave de un ángel de los grandes y en los aguiluchos la gracia y la infantilidad de dos querubines pequeñitos.

Si no lo eran, ¿qué importaba? Él era feliz creyendo que sí. Y nosotros le oíamos entusiasmados.

¡Borrón había hecho una expedición al cielo!...

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

